



EL ÚLTIMO CAJÓN

Raquel Villar

EL ÚLTIMO CAJÓN



Primera edición: junio de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Raquel Villar

ISBN: 978-84-19340-76-4

ISBN digital: 978-84-19340-77-1

Depósito legal: M-15986-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A ti.

*Por los vuelos perdidos que me dieron alas propias,
por aquel invierno gris que me ayudó a crecer.*

*Por regresar de las sombras,
y ser mi destello de luz perpetuo.*

PRIMERA PARTE

Era domingo por la tarde. El sol moría luchando, tras perder la batalla a la que día a día se enfrentaba. Rasgando el cielo en la caída, anunciando su derrota, conseguía herirle, provocando ese tono ocre que tan bonito queda en las fotos de los atardeceres de verano. Taha estaba sentado junto al barco de su padre, con la mirada fija en el mar, en el puerto de Rafina. Había tenido un mal día, y cuando eso sucedía lo que más le relajaba era aquello. Mirar al mar, y no pensar en nada. Casi lo había conseguido cuando algo distrajo su atención, acercándose a la orilla, a escasos metros de sus pies descalzos, entumecidos tras una larga jornada de trabajo. Dudó durante unos instantes, pensando que tal vez su excesiva imaginación le estuviera jugando una mala pasada, pero conforme el ente sin identificar se iba acercando, empujado por la marea, sus pupilas se dilataban, su ritmo cardíaco se aceleraba, y su rostro empalidecía.

No podía ser... ¿O sí? *Aquel* tono cetrino, aquel hedor confundido con el salitre...

Definitivamente, sí.

Lo era.

—¡Papá! —consiguió gritar—. ¡Hay un brazo flotando en el agual!

Y su voz se ahogó entre aquellas olas, desgarrando las últimas horas de vida que le quedaban al día.

PRÓLOGO

Córdoba. 12 de junio de 2023

La mayor parte de la gente, o al menos la gente que tiene fe, fe religiosa, me refiero, suele decir que Dios nos dio la vida. A mí me gusta más pensar que Dios salvó la mía. Mi nombre es Felipe Reina, aunque suelen llamarme *Pipe*. Apenas llevaba unos días en el mundo cuando los médicos determinaron que mi operación del píloro (algo que muy posiblemente no hubiera sabido ni que existía en el cuerpo humano de no haber sido por este suceso) era necesariamente inminente. Supongo que de no ser así, mis padres hubieran esperado unos meses a bautizarme, pero dadas las circunstancias, la ceremonia tuvo lugar en la misma capilla del hospital de Córdoba. Casi no hay fotos de aquel momento, ya que en 1990 los móviles no eran como los de ahora (de hecho, no eran, porque casi nadie tenía), y el ambiente aquel día tampoco estaba para tirar cohetes. Sin embargo, los recuerdos de mis familiares al relatar la escena son tan nítidos para ellos que cuando lo cuentan es como si yo mismo la estuviera viendo desde la primera fila de los bancos, sentado frente al altar. Y se me ponen los pelos de punta. Unas cuantas horas después entraba en quirófano con un alto riesgo de no salir de él... Pero salí. Y no me preguntéis por qué, pero siento que aquello no fue solo gracias a una excelente labor del cirujano. Ahí había algo más. Algo que a mí me hace creer.

Y aquí estoy, treinta y tres años después, con una elegante cicatriz sobre el ombligo que acompaña a mis abdominales, convertido en un miembro en activo de la policía nacional, recordando una historia que no tiene absolutamente nada que ver con aquel momento, mientras busco que Dios me eche un cable otra vez en ese mismo lugar: La capilla del hospital de Córdoba.

MACARENA

Madrid. 15 de junio de 2020

Hacía frío. Mucho, en realidad, para tratarse de plena primavera en la céntrica capital española. Aunque en el interior del aeropuerto Macarena apenas era consciente de ello. Se entretenía sumando las cifras de los números de los vuelos que aparecían en el panel de llegadas, mientras los minutos transcurrían lentos y anodinos, sin parecer tener prisa porque llegara la hora de embarque. Su hora de embarque, claro, no la de muchos de aquellos que bogaban de un lado para otro sin aparente destino claro. A veces se dedicaba a observar a la gente e imaginar hacia dónde irían, y por qué, qué era lo que les movía a llenar una maleta de cosas y trasladarse a otro lugar. Otras veces se limitaba a inventarse su propia historia, sin prestar demasiada atención a los movimientos de aquellas personas, guiándose simplemente por lo que le inspiraban. Le inspiraban mucho. Claro que en aquella ocasión el ambiente se veía distinto. Mucho menos tránsito de lo habitual, mascarillas y dispensadores de gel cada media docena de pasos, miradas que desprendían una preocupación camuflada por la emoción de viajar de nuevo... Las secuelas de la COVID-19 habían llegado para quedarse una larga temporada. Todavía no se creía del todo que finalmente su vuelo no hubiera sido anulado como casi todos los programados en los anteriores tres meses. Macarena era escritora. Siempre pensó que los aeropuertos eran los lugares en los que más a gusto escribía.

No se forzaba a ello, pero en uno u otro momento acababa sacando su ligero MacBook Air color oro rosa, y dejaba que sus dedos se posaran sobre las teclas, acariciándolas hasta llenar páginas de Word enteras sin apenas esfuerzo. Hasta que sucedía. El panel iluminaba el número y letra de su puerta de embarque, y poco después se encontraba dentro del avión, sumida en sus pensamientos. El saludo del piloto, las indicaciones de las azafatas, algún guiño de ojo de cuando en cuando de un azafato... y despegar. Esto último no era pedantería por su parte. Macarena era una chica insultantemente atractiva. No especialmente guapa. Atractiva. Alta, delgada pero de constitución atlética, lucía una larga melena castaña a juego con su tez bronceada, que contrastaba con unos grandes y rasgados ojos color verde mar, y una reluciente sonrisa. Desprendía una belleza natural y misteriosa que iba más allá de sus llamativos rasgos físicos. Una belleza que se acentuaba cuando la conocías. Ella era consciente, aunque no lo valoraba demasiado. Y eso la hacía todavía más interesante. Una vez maleta en cabina y cinturón abrochado, se colocaba los auriculares en los oídos, y arropándose con lo que fuera que llevara encima invitaba al sueño a viajar con ella. Hasta aquí todo era normal, o al menos lo que Macarena entendía por normal, en sus viajes. Pero aquel quince de junio de 2020 decidió salirse de la norma, marcando su vida para siempre.

La lista de reproducción de su Iphone 11 llegó a la última canción. Macarena se incorporó golpeando ligeramente con el codo el brazo tatuado de su compañero, un hombre de mirada de mar que sujetó sus labios con unos maravillosos hoyuelos que encogieron ligeramente su mascarilla, cuando Macarena se disculpó. Había un asiento vacío entre ambos, debido a las medidas de seguridad tomadas por las compañías aéreas a causa de la COVID-19, pero aun así le golpeó sin querer. No pronunció palabra alguna, pero tampoco le hizo falta. La joven se levantó de su asiento algo ruborizada, y es que aunque parecía una de esas chicas que se comen el mundo, en el fondo siempre había sido bastante tímida. Sociable,

sí. Educada, también. Inconscientemente graciosa, bastante. Pero tímida. Una vez en el interior del baño se miró al espejo y comprobó que sus pómulos bajo la mascarilla, de naturaleza abultada, todavía mantenían ese aspecto encendido generado por el agradable gesto del pasajero. Le regaló a su reflejo una sonrisa, y dejó caer la mirada para encender el grifo y humedecerse las manos. Entonces lo vio. Bajo el pequeño lavabo, los cordones de sus relucientes zapatillas hacían sombra sobre un pequeño papel doblado en tres pedazos, que parecía gritarle en silencio desde el suelo. Tras secarse bien las manos se agachó para recogerlo, y con cierto temblor provocado por su mal pulso, desplegó lo que parecía una pequeña hoja de libreta arrancada.

Dos líneas. Veintiuna palabras.
Y un vuelco al corazón.

Aquella nota le hizo despertar del letargo provocado por el vuelo, haciendo que en aquel momento solo pudiera pensar en una cosa: Encontrar a quien la había escrito. Fuera quién fuera, no podía bajarse de aquel avión sin localizarle. Sentía como si sus latidos tuvieran vida propia, y fueran a escapar de su pecho atravesándolo de lado a lado. Abrió con decisión la puerta del baño, y tuvo que echar la mano sobre la pared de en frente para no precipitarse contra el suelo. Uno de los azafatos se acercó a ella, y tratando de mantener la calma le comunicó que estaban atravesando una zona de turbulencias, y que debía regresar a su asiento y colocarse el cinturón de seguridad. Su voz sonaba tranquila, pero su mirada transmitía un mensaje muy distinto. Todavía con la nota entre sus manos, regresó a su asiento y se abrochó el cinturón apresuradamente. Cerró los ojos sin ser consciente de que su acompañante de vuelo no había dejado de observarla, sin decirle nada. Hizo un esfuerzo por alejarse de aquel lugar, en el que los bruscos movimientos del avión hacían que su cabeza se golpeará contra el respaldo, sin poder controlar la posición de su cuello. Nunca había

tenido miedo a volar, pero un sudor frío comenzó a recorrer su cuerpo, una sensación física muy desagradable que no podía controlar se apoderó de ella, y por un momento sintió ganas de llorar. Tomó aire con fuerza, y dejó que sus pulmones lo sintieran como si de una agradable caricia se tratara mientras lo expulsaban con delicadeza. Pensó en la nota de papel que acababa de encontrar. Dejó que aquellas dos líneas, con sus veintiuna palabras, resonaran haciendo eco en su cabeza, como una dulce melodía que se aprecia a lo lejos, al principio, y cada vez va sonando más y más cerca, hasta no escuchar nada alrededor. Poco a poco comenzó a sentirse mejor. Se alejó de aquel lugar, imaginándose en tierra firme. Sintió la arena de la playa de Málaga bajo sus pies descalzos, la brisa acariciando su piel, el relajante sonido de las olas. Sintió su acento a base de mar, la mano de su madre acariciándole la espalda mientras paseaban, y sus labios, posando un dulce beso sobre su mejilla... Sintió paz. Y vida.

Y esperanza.

Abrió los ojos de nuevo, y regresó al caos del avión envuelto en gritos y desesperación, pero fue lo suficientemente fuerte como para no dejarse contagiar. Ni siquiera asimiló el aviso de posible aterrizaje forzoso que el copiloto dio por megafonía, ni le preocupó el detalle de que se encontraran sobre el mar. Recordó que una vez vio una película basada en hechos reales en la que interpretaban el único caso histórico de aterrizaje sobre el agua con supervivientes. Pero su cerebro desechó esa idea. La música de su lista de reproducción comenzó a llegar de nuevo y se centró en ella. Poco a poco los movimientos bruscos fueron cesando. El tambaleo fue desapareciendo, y Macarena comenzó a ser capaz de controlar su posición sobre el asiento. Fue entonces cuando lo oyó. Un golpe seco, y una voz entrecortada, penetró por sus oídos a través de los auriculares como si del seseo de una serpiente se tratara. El sudor frío regresó de nuevo. Desde luego aquello no formaba parte del *Highway to hell* de ACDC que se había cortado

en pleno estribillo. ¿Cómo era posible? Estaban volando, aquello no tenía ningún sentido.

«Haz lo que te diga y nadie saldrá herido. No te muevas de tu asiento, y escucha con atención lo que voy a decirte: No la busques. Está muerta».

Y a Macarena se le heló el alma.

THERESSA

Viena. 15 de junio de 2020

El cielo se veía un poco más gris de lo habitual cuando amaneció aquella mañana de junio en Viena, pero Theresa ni siquiera era consciente de ello. Tampoco fue consciente de que al llegar a casa de su turno de noche la puerta estaba cerrada con dos vueltas de llave, ni del extraño olor que desprendía el agua cuando abrió el grifo de la bañera y la dejó salir, tras colocar el tapón de caucho. Ella estaba a otras cosas. Theresa acababa de cumplir cincuenta y seis años, pero aparentaba bastantes más. Su pelo ralo y gris, totalmente descuidado, su esquelética figura cubierta con ropa básica sin rastro de color, y las ojeras que custodiaban sus grandes ojos que en otro tiempo fueron azules, pero ahora hacían juego con sus cabellos, la convertían en una mujer sin luz. Exactamente así la definían los que la conocían. Era como si durante el paso de los últimos años algo la hubiera ido apagando poco a poco. Algo que había sido incapaz de contar, hasta aquel momento.

Nadie supo con certeza por qué Theresa eligió aquella primavera y no otra para dar aquel paso. Para atreverse a hablar con alguien sobre lo sucedido tantos años atrás en España, cuando su familia se vio obligada a salir del país durante el exterminio judío a comenzar una nueva vida. Dejó caer la ropa que llevaba puesta sobre el suelo del baño de su pequeño apartamento en el barrio

Alsergrund a escasos minutos del centro de Viena, y resbaló en el interior de la bañera, hasta que el agua cubrió su cuerpo por completo. Era algo que hacía todas las tardes, al regresar a casa del hospital donde trabajaba como enfermera. Llenaba la bañera de agua y se sumergía en ella. Y por unos segundos, se sentía en paz. Cuando sus pulmones comenzaban a rogar clemencia dejaba que su menudo cuerpo saliera al exterior, y abría los ojos lentamente, haciendo un esfuerzo por volver a una realidad que cada vez le costaba más afrontar. Pero aquel día tenía algo diferente a todos los anteriores. Aquel día por fin podría compartir su carga, liberarse de aquel peso que durante tantos años le había atormentado. Quizás incluso podría dormir una noche entera sin pesadillas, o regresar a España sin miedo a que volvieran a tratarla como a una loca. Decidió dar por finalizado su baño, pero al ponerse de pie se sintió algo mareada. Quizás el agua caliente le habría bajado un poco la tensión. Se arrojó con el albornoz que tenía colgado detrás de la puerta y cogió su teléfono móvil para comprobar si tenía noticias de la joven Macarena. Efectivamente, un mensaje de WhatsApp en el que le decía que acababa de embarcar en Madrid rumbo a Budapest. Theresa acercó su boca al micrófono y pulsó en la pantalla sobre el icono de «mensaje de audio» para confirmarle que la esperaba al día siguiente allí, pero cuando comenzó a hablar notó algo extraño en su garganta. Su voz no era su voz. Sonaba totalmente ridícula, como la de un adulto imitando a un niño pequeño. El mensaje se envió automáticamente, y Theresa trató de enviar un nuevo mensaje, explicándole a la joven que no era una broma, que no entendía qué le sucedía. Pero su voz sonó exactamente igual, y Theresa se sentía cada vez más mareada. El vapor del agua caliente la envolvía dentro del baño. Se dirigió hacia la puerta para salir a intentar respirar mejor, pero al girar la manilla no consiguió abrirla. Empujó de nuevo, esta vez con más fuerza, pero sin éxito. Comenzó a sentir un extraño sudor frío que le recorría la espalda hasta llegar a la nuca. Buscó en la agenda de su teléfono el número de Mara, su compañera de trabajo y única persona en la que con-

fiaba allí en Viena, y tras llamarla un par de veces sin respuesta le envió un mensaje de audio pidiéndole ayuda, escuchándose una vez más, esta vez con verdadero pánico, su extraña voz infantil. Sus piernas comenzaron a temblar y se sintió más frágil que nunca, hasta que notó cómo se doblaban bruscamente, haciéndole caer al suelo. Sintió su cabeza golpear contra las baldosas de mármol, y de pronto todo comenzó a verse más y más borroso. Dicen que cuando estás a punto de morir pasan por tu cabeza multitud de recuerdos de tu vida que de alguna manera te han marcado, pero Theresa no pensó en nada de eso. Pensó en la cerradura de su casa al entrar. Ella siempre daba una sola vuelta, y cuando llegó estaba cerrada con dos. Pensó en el grifo de la bañera cuando dejó el agua caer, antes del baño. Estaba húmedo, como si alguien lo hubiera manipulado antes. Pensó en cuánto tiempo llevaba en el interior de aquel baño, en cuánto tiempo había dejado el grifo de la bañera abierto, y en cuánta gente podía conocer su ritual de darse un baño de agua caliente todas las tardes, después del trabajo. La presión en su cabeza comenzó a resultarle cada vez más insoportable, y sintió cómo su cuerpo comenzaba a convulsionar, con pequeños espasmos, al principio, de manera mucho más brusca y continuada después. Theresa ya había oído hablar de aquello en otras ocasiones, y desde el principio se había posicionado en contra. Nunca apoyaría una muerte tan agónica como aquella. Pero no le habían dejado decidir por la suya.